

—Has mentido. Te avergüenzas. Lloras, te arrepientes'. Muy bien. Porque te avergüenzas y te arrepientes, y porque conoces la fealdad de tu mentira, «no te guardo rencor». Pero la falta la has cometido, y eso merece una privación. Mañana no irás a esa fiestecita a que estabas invitado.

Ciertamente, es doloroso, quizás más doloroso para los padres que para el niño. Al día siguiente, verán al ser cuya felicidad anhelan, triste, abatido, con los ojos llorosos... No importa. Hay que sostenerse... Como los pueblos civilizados, los niños consideran el perdón como una derrota de los padres, como una victoria ganada sobre ellos. Tienen razón. De cada diez veces, el perdón de los padres renueva un acto, no de bondad, sino de pereza.

Querida Francisca, en mi próxima carta trataremos de un asunto más simpático: el de la acción moral sobre los niños por la recompensa.

CARTA NOVENA

En busca de institutrices.—La señora viuda de Lambert y la señorita Galtia.—Orden del día a los dos tenientes.—La cuestión de las recompensas.—Triple carácter de la educación de los niños: realista, disciplinada y jovial.—Breviario del educador.—Viñeta final.

No me volverán a coger, querida Francisca, mezclando con mi correspondencia novelitas pedagógicas al estilo del filósofo ginebrino...

Obligado por tu cuñada y por ti, he tenido que pasarme quince días buscando para Simona y Pedro dos intermediarias que sean capaces de aplicar el sistema de educación metódica preconizado por mi ficción. He encontrado dos mujeres: una, antigua ayudante de una escuela libre secundaria, será la que habrá de ocuparse especialmente de tu hijo; la otra, provista solamente de su certificado de estudios, pero que ya educó y bien a un niño de educación difícil, será la que se ocupe de Simona. Ahora bien, se ha convenido en que Simona y Pedro den juntos todas las lecciones y vayan reunidos a la mayor parte de las diversiones. La señorita Galtia dirigirá los estudios, y la señora viuda de Lambert vigilará los juegos y les dará lecciones de cosas. Esta educación de dos,

es considerablemente ventajosa, porque estimula la atención y evita el aburrimiento.

La señorita Galtia es una morenita flacucha, muy activa, un poco pedante, pero de espíritu abierto, y que ha prometido lealmente la aplicación estricta de mis métodos. La señora Lambert es una especie de «nurse» francesa, que ha aprendido y practicado en Inglaterra la disciplina de la educación infantil. La colaboración de estas dos mujeres en la educación de los pequeños, será, seguramente, eficaz, con la condición de que sea duradera. Ojalá pueda hacerla durar mi autoridad de intendente superior.

He tenido con mis dos tenientes varias conferencias, en el curso de las cuales he repetido y comentado el contenido de mis cartas precedentes. Terminado el asunto de la última, que trataba de los castigos, hemos abordado el de las recompensas.

—Señoras—les dije—sobre este punto, como sobre otros muchos, me separo del autor del «Emilio». Contar sólo con el atractivo de la virtud para hacer obrar bien a los niños, es demostrar más ingenuidad que la que ellos mismos tienen. Lo mismo que los hombres, de los que son una imagen reducida, los niños sienten la atracción del bien; pero, lo mismo que los hombres, buscan, primero, los goces positivos de la vida y las satisfacciones del amor propio. ¿Por qué privarse de poderosos medios de acción que pueden emplearse útil y honradamente? Esas cruces, esas inscripciones en el cuadro de honor, esos puestos de clase, esos premios que usan en los colegios, consentiré en que se supriman, en cuanto se excluya lo análogo de la vida de los hombres. Pero, mientras las sociedades organizadas usen honores y ventajas mate-

riales para excitar el esfuerzo de los ciudadanos, yo no los excluiré de mis procedimientos de educación. Porque, al revés del gran ginebrino, quiero educar en la realidad y no en la quimera. Seremos, por lo tanto, educadores realistas.

¡Sobre todo, durante la primera infancia!.. Cuando Simona y Pedrito hayan pasado la «infancia de la infancia», podrá empezarse a hablarles de lo abstracto. El bien y el mal tomarán para ellos significados. Por ahora, no nos hagamos ilusiones: el bien es lo que se les ordena; el mal lo que se les prohíbe. El gitanito de diez años a quien sus padres mandan deslizar en los gallineros y robar los huevos, y al que pegan si vuelve sin nada, está persuadido de que robar está bien.

Aprovechemos esa maleabilidad para inspirar al niño sanas costumbres morales, pero no nos entretengamos en hacerles discursos sobre la virtud. Un fuerte sentimiento de equidad que se desarrolla muy pronto en el niño, bastará para hacerle comprender que se le castigará por ir contra los principios afirmados por la palabra y el ejemplo y que se le recompensará si los observa.

—Señor—objetó la señorita Galtia—permítame asegurarle que en mi carrera de institutriz he encontrado ciertos niños de menos de ocho años, que tenían positivamente gusto por el bien.

—¿Está usted segura, señorita, de que no era gusto (excelente también y recomendable) de agrandar a usted y los que le educaban? Perdóname que le desdice a sus angelotes, pero creo que hubiesen sido unos excelentes ladrones de huevos, por complacer a una mamá gitana. De todos modos, no descuidaremos ese medio de acción que usted señala, pero sin hacer hincapié en él. Lo mismo que decimos a nuestro discípulo: «Si haces

esto que está prohibido, te querré menos»... lo diremos: «Si haces esto que te ordeno, te querré más»... Fórmula excelente, porque expresa algo preciso, concreto, y que ilustra el gran principio del «Todo se paga», esencial en la educación infantil.

Por lo tanto, para excitar a los niños a obrar bien, contaremos con su amor propio y con su deseo de obtener ventajas positivas. El amor propio, el deseo de ser premiado, alabado y admirado, es casi siempre muy vivo en el niño, y lo manifiesta con una sencillez de pequeño salvaje. Así es que yo les suplico a ustedes que usen de ese excitante con tacto y discreción. En una clase numerosa, la emulación se establece por sí misma, y el sentido igualitario de los niños rebate energicamente el orgullo de los gloriosos... Pero ustedes no tienen más que dos discípulos. Guárdense bien de proclamar la superioridad definitiva del uno sobre el otro. Sin faltar a la equidad, encontrarán los puntos en que Pedro aventaje a Simona y los puntos en que Simona triunfe de Pedro. Arréglense para no desanimar el buen deseo de uno u otro, ni exaltar su orgullo. Más que por los resultados, alábenlos y recompénsenlos por la atención, por el esfuerzo y el progreso...

Aquí, la señora Lambert me pidió un ejemplo. —He aquí, señora—respondí—lo que yo entiendo. Pedro y Simona han hecho un ejercicio de recitado el martes. Pedro ha cometido dos faltas; Simona, tres... El miércoles hacen otro ejercicio de recitado. Pedro tiene dos faltas, Simona, dos también. Pues debe ser Simona la proclamada campeón. Ella sola debe ser la recompensada, pues ella sola es la que ha progresado.

Y las recompensas, ¿cómo han de ser?

En los colegios, la proclamación pública de la victoria es una, como las inscripciones en el cuadro de honor, y los premios. Pero cuando no se educa más que a un niño o dos, un «está bien»... o «está mejor que ayer»... constituyen recompensas a las que ningún niño es insensible, si no se prodigan y si se distribuyen con cierta apariencia de seriedad. Cuando el esfuerzo ha sido más grande y el resultado más considerable, es lícita una pequeña publicidad familiar. En fin, toda familia suele conocer a algún personaje que represente para ella el intelectualismo, un escritor, un sabio, un académico; pues bien, una buena recompensa será presentar al niño a dicho personaje, diciéndole: «Aquí tiene usted un niño—o niña—que ha trabajado bien en estos días.»

Pero, lo repito, señoras, y ustedes lo saben: la administración de recompensas es muy delicada, principalmente si el orgullo infantil no está combatido por la influencia igualitaria de numerosos camaradas... Pensando así, podemos llegar a creer que las recompensas materiales, menos nobles en principio, son quizás más «morales», al menos en la primera infancia. Tanto más cuanto que un educador juicioso puede arregiarse para excluir toda bajeza y toda fea codicia.

Por lo tanto, las recompensas no deben ser nunca de dinero. Hasta después de los siete años, no se les enseñará a los niños el uso del dinero. El niño atesorador me repugna, y he observado que caen fácilmente en la avaricia.

No permitiré, pues, ahorrar al niño si no es con la idea de que ese dinero ha de destinarse a limosnas. Y no me acusen aquí de hacer una concesión a esa insipidez moral en la educación, que

condeno sin cesar y que me repugna. No quiero niños atesoradores, y, sin embargo, para las personas mayores, el ahorro es una forma del orden. Conviene, pues, acostumar a él al niño, evitando hacerle prematuramente avaro. Háganle ordenado y caritativo, pero sin pronunciarle esos largos discursos sobre la caridad que llenan las historietas infantiles. Provisionalmente, diremos al niño: «Un pobre es un ser al que se le da limosna». El sistema de hacer atesorar para limosnas, es excelente. Ensáyenlo ustedes.

Las recompensas materiales que pueden darse a los niños, son un paseo, un juguete, un asueto, y hasta—no con mucha frecuencia—una golosina. Pero la elección de recompensas, la sugerirá el estudio del carácter del niño. Mucho antes de haber cumplido los siete años, cada niño demuestra sus aficiones; por ahí hay que cogerlos... Lo que tiene que hacer el maestro, es sugerir al niño la idea de que ciertas cosas provechosas son recompensas: visitar un monumento, escuchar una lectura histórica, empezar un estudio determinado. El niño es muy sugestionable. Hay que aprovechar esa disposición para trabajar en bien suyo.

—Puedo confirmar yo con un ejemplo—dijo la institutriz—eso que acaba usted de decir. Una vez tuve a mi cargo una clase de doce alumnos un poco mayores que Pedro y Simona, y que ya sabían escribir. Yo les daba como recompensa copiar verbos en un bonito papel preparado por mí. Mis discípulos consideraban como un premio lo que en las clases vecinas tenían por castigo.

—Su invención era admirable—repliqué—y nunca se usaría demasiado en la educación de los niños, y hasta en el gobierno de los hombres. Somos muy sensibles «al convencionalismo del placer»...

Yo mismo pasaré hoy la velada con trescientos contemporáneos en una fiesta de embajada en la que no nos divertiremos ninguno; pero está convenido que es una fiesta.

Estamos, entonces, de perfecto acuerdo, ¿no es así, señoras! sobre los procedimientos de educación física, intelectual y moral de nuestros educandos. Los cogen ustedes cerca de los siete años: hubiera sido mejor cogerlos a la edad de la hermana de Pedrito, la deliciosa Francisca II, que ha cumplido nueve meses y cuya formación metódica puede decirse que ha empezado el día de su nacimiento... No obstante, aún no es tarde para corregir la educación defectuosa que han recibido esos dos niños. Sólo tendrán ustedes un poco más de trabajo.

Al poner los discípulos en manos de ustedes, quisiera darles un resumen de lo que me parece deba ser el triple carácter de la educación de esos dos niños.

La educación de los niños pequeños debe ser realista, disciplinada y alegre.

«Realista»: nada de abstracto, nada de discursos morales, nada de llamamiento a una sensibilidad que no existe todavía, o que, por lo menos, no está todavía organizada. Afirmaciones, ejemplos, convencerlos, con una justa severidad, de que todo se paga, el bien como el mal... Las censurarán a ustedes, les dirán que rebajan el nivel de la educación. Rechacen esas críticas: los que las profieren, son tontos o hipócritas. No descuidaremos, claro está, la formación de la sensibilidad de nuestros discípulos, pero esperaremos a que haya nacido.

«Disciplinada»: aquí se encierra toda la cultura del niño. Aunque no haya aprendido más que a obedecer, a doblegarse sin protesta a la regla de cada hora, y aunque no sepa nada más, está más adelantado en su formación que un niño indisciplinado que deletrea torpemente y chapurrea dos idiomas.

En fin, «alegre». Esto tiene su importancia. El niño no debe estar triste, y la educación debe hacerle tomar gusto a la vida. Afean la vida alrededor de la infancia, proferir ante el niño máximas pesimistas, son verdaderos crímenes. La vida, buena o mala, según éste o aquél filósofo, es inevitable. De manera que uno de los medios mejores para no sufrir demasiado es acostumbrarse a hacer inmediatamente contra la suerte adversa la reacción de benevolencia y optimismo práctico... Señoras, que gracias a ustedes, el trabajo, el recreo, la vida misma, sean para sus discípulos «objetos de alegría». Favorezcan esa inclinación de los niños a aclamar la vida, a cantarla, como David ante el arca.

El «estate quieto» es la fórmula de los padres perezosos.

* * *

Una vez proferidas estas memorables palabras, remití a cada una de las dos señoras un ejemplar, copiado por mi mano, de un humilde trabajo que había hecho la víspera expresamente para ellas. Es el resumen, en forma de máximas, de las nueve cartas que te he escrito, querida sobrina, sobre la educación de los niños de cero a siete años. Si me lo permites, voy a hacer una tercera copia

al final de esta carta, la última que tratará de «la infancia de la infancia».

Modesto formulario referente a la educación de los niños menores de siete años.

La infancia es toda una vida: tiene, como la vida, sus tres épocas: «infancia de la infancia», «madurez de la infancia» y «vejez de la infancia».

* * *

¿Qué es educar a un niño?

Primero, ponerle en estado de ser lo más dichoso posible.

Después, disciplinar sus fuerzas innatas para mayor bien suyo y de la sociedad en que vive

* * *

Una de las causas principales del desorden de la educación y de la mala educación, es la pereza de los educadores.

* * *

La educación no es «un fantasma», como dice Fenelón, es decir, no es una abstracción. Debe ser tratada «sobre un plano de realismo». ¡Abajo el romanticismo educativo! ¡Abajo las grandes frases! No son más que formas de la pereza educativa.

* * *

Las costumbre innatas y las costumbres adquiridas, se componen siguiendo la ley del paralelogramo de las fuerzas: al final de la educación, el carácter del niño es el resultado de esos dos componentes.

* * *

Educación, tu nombre es paciencia. x

* * *

El ideal de la educación física hasta los siete años, es la de un pequeño campesino, vigilada desde el punto de vista de la higiene.

* * *

La cultura intelectual del niño hasta los siete años, se resume en la cultura de «la atención». Esta es la llave de oro de la primera educación.

* * *

Es peligroso que los niños lean demasiado pronto, por ejemplo, antes de haber cumplido ocho años.

El libro pone una pantalla entre la realidad y el niño; por eso el que lea demasiado pronto, no verá las cosas más que a través del libro.

* * *

Es un crimen enseñar las lenguas extranjeras a niños muy pequeños. Lo importante es que posean un medio de comunicación amplio y fluido, que puedan explicársele y que comprendan muchas cosas habladas. Es más lógico enseñarles la palabra «platillo» en francés, antes de obligarles a decir «caza» en dos idiomas.

* * *

Antes de los ocho años, el niño no tiene sensibilidad organizada. Y fundar una cultura moral sobre nada, es prepararse decepciones.

* * *

Los dos agentes de la cultura moral de los pequeños son: la afirmación, el ejemplo y eso que hemos llamado el sentido del «todo se paga», de otro modo llamado la noción de la sanción.

Nada de sermones sobre la moral. No los comprenden, y la enseñanza moral pierde su precisión.

* * *

Toda la moral de la primera infancia es: Obedecer y no mentir.

* * *

Castigos de la primera infancia.

Los golpes son peligrosos para la autoridad del educador y la formación moral del niño.

Las humillaciones deben ser infligidas con escrupulosa medida.

El gran medio de acción son las privaciones: de ahí la necesidad de estudiar las preferencias del niño.

* * *

La educación debe ser severa para el niño, en el sentido de que el perdón por una falta cometida, será cosa excepcional.

* * *

Recompensas: No excluir las recompensas de amor propio, pero dispensarlas con tacto.

Emplear con frecuencia las recompensas de placer.

Hacer que la vida sea para los niños disciplinada y alegre.

Como se dibuja una viñeta al final de un capítulo, quiero trazar en el término de esta primera parte de mis cartas un rasgo breve y resumido del niño de siete años bien educado», tal como yo lo concibo.

Es un muchachito (o una muchachita) robusto, voluntariamente temerario en sus juegos, curioso y aficionado a las diversiones que la naturaleza ofrece a los campesinos de la misma edad; amigo de las plantas, de los insectos, de los animales, del sol y del agua, del arado y del lagar. En fin, por ese lado, un pequeño rústico.

Pero un pequeño rústico lavado y ordenado. Sabe que ciertas horas del día son para la diversión disciplinada; otras, en fin, para la atención, para el aprendizaje del trabajo. Ha acabado por aficionarse a este orden y a estas reglas. El trabajo se le aparece como una cercana promoción que desea.

Su moral se resume en no mentir y obedecer. Su obediencia es estricta, sabe que toda falta que se comete se paga, que la amnistía no es frecuente y que el progreso obtiene siempre recompensa. Tiene la costumbre, casi el orgullo de la franqueza.

No se le ha dado nunca un libro: todo lo que sabe lo ha descubierto directamente, o el maestro le ha ayudado a adquirirlo con su palabra. El libro también se le aparece como una recompensa, como señal de una promoción deseada.

Sabe muy bien su lengua usual. Puede expresar todas las ideas que tiene y puede comprender la expresión de todas las ideas que le es conveniente adquirir.

Y ¡no sabe ni una sola palabra de un idioma extranjero!